

UNA VICTORIA DE ISRAEL

EDUARDO HARO TECLEN

EL conflicto entre Libia y Egipto estalla mientras el nuevo primer ministro de Israel, Menahem Begin, parece haber quebrado en Washington las reticencias de Carter con una sola frase: "Los cañones árabes de largo alcance podrían disparar contra toda ciudad, pueblo o colonia (de Israel) y todos, hombres y mujeres y niños, quedaríamos a su merced", en el caso de que se restituyeran a los árabes los territorios conquistados en las guerras. Cuentan las crónicas que a Carter le dejó insomne esta apocalíptica visión y aquella noche "hasta tuvo que comentarlo con Rosalynn antes de acostarse" (palabras de Begin). Parecía imaginable que el Presidente de los Estados Unidos, antes de entrevistarse con el primer ministro de Israel, tuviera suficientes informaciones acerca de la verdadera situación del país y de sus vecinos, y que tenga otros asesores más ilustrados en materia militar y política que su esposa a la hora de dormir, o de no dormir. La versión americana anterior a la de que había "divergencias de punto de vista examinadas de una manera muy abrupta". La información final de Begin es absolutamente triunfalista: aparte de haber convencido a Carter de su tesis y de su "plan de paz", Begin habría conseguido "todos los materiales vitales para su defensa nacional"; concretamente, repuestos para sus carros armados y algún otro material.

El "plan de paz" de Begin, según las informaciones que se pueden obtener, consistiría en que la nunca bien conseguida conferencia de Ginebra se celebrase a partir de una sesión plenaria de inauguración a través de diversas comisiones, en las cuales Israel discutiría unilateralmente con Egipto, Jordania y Siria y quizá el Líbano. En ningún caso se aceptaría la presencia de los palestinos: no habría ninguna negociación directa con ellos. Parece claro que desde el punto de vista árabe es inaceptable, si mantienen sus posiciones conocidas. La solución de recambio, la de que Estados Unidos celebre una serie de conferencias, en tanto que mediadores, con cada uno de los países árabes, tampoco parece aceptable.

¿Dónde puede estar el optimismo tras la conferencia Begin-

Carter? Desde el punto de vista de Israel, desde el de los defensores de los intereses israelíes en Estados Unidos, el hecho de que no se haya producido una ruptura que parecieran temer. La atmósfera política de Washington no era favorable a Begin desde su elección: temían su fanatismo, su carácter irreductible. Carter esperaba encontrarse frente a un interlocutor intransigente y se ha encontrado con un conversador ameno. Tampoco se sabe por qué Carter esperaba tal cosa, si bien podía estar suficientemente informado de la personalidad de Begin, y por qué no sigue viendo que debajo de ese conversador hay, efectivamente, un personaje inamovible. O todo es una farsa. El hecho es que Begin ha sido ahora francamente admitido en la sociedad de Washington, entre las amistades de la Casa Blanca, y que no hay riesgos visibles de una aparente presión americana para que el Gobierno ceda. Si Begin dice lo que Carter le ha prometido, y no fabula, los Estados Unidos se han comprometido ya a no presionar más sobre Israel —la presión visible era negarles el material de guerra— y al parecer Carter ya no mantiene su plan en tres puntos. Esos puntos eran: la devolución por parte de Israel del territorio ocupado; la creación de una patria palestina; la conferencia que permitiese una paz real con normalización completa de relaciones diplomáticas y económicas. No se acaba de comprender bien cómo Carter hubiera podido presionar a Israel, cuando en realidad está fuertemente presionado por él y por los grupos judíos de los Estados Unidos, y por aquellos que defienden a Israel por motivos laterales —cabeza de puente sobre el mundo del petróleo, ficha del tablero antisoviético, punto de partida para la penetración en África—.

Que todo esto suceda mientras Libia y Egipto guerrean, mientras continúa la guerra civil en el Líbano y mientras se envenenan los conflictos de Etiopía y Somalia, de Libia y el Chad, tiene una gran importancia. El mundo árabe está cada vez más hecho pedazos, el bastión israelí tiene cada vez más fuerza. La "desestabilización" del mundo árabe se va realizando gradualmente,

pero seguramente. Atrás quedan los sueños panárabes de Nasser y de algunos de sus sucesores: la idea de que la gran nación del mismo idioma, la misma cultura y la misma tradición y los mismos intereses pudieran de nuevo soldarse después del infinito destrozo colonial se aleja más y más. Las esperanzas palestinas de recuperar una

nación —no digamos ya Palestina, Israel: eso es a todas luces imposible e inverosímil— se hunden.

El "incidente fronterizo" de Libia y Egipto tiene un origen naturalmente incierto, como siempre sucede: las dos naciones se acusan mutuamente de haber comenzado. Entre las dos hay unas relaciones que oscilan desde el énfasis de la unidad —que a veces se ha visto plasmada en documentos de organización— y el odio mutuo. Desde hace cuatro años, las fronteras están armadas por ambos lados y los pequeños incidentes se suceden. Sobre todo, a partir de enero último. El problema de Israel está, naturalmente, en el fondo. Ghadafi acusa continuamente a Sadat de estar "vendido" a Israel, a los Estados Unidos; Sadat acusa a Ghadafi





El primer ministro israelí, Menahem Begin, con Carter en la Casa Blanca: todo son sonrisas.

de esquizofrénico. En otros términos, Sadat busca desde hace años una solución de compromiso al conflicto con Israel, aun a costa de los palestinos, con la esperanza de recuperar un equilibrio político interior en su país, y Ghadafi mantiene posiciones maximalistas apoyadas en el Corán, pero revolucionarias, ayudadas por el dinero de su petróleo. La posibilidad de que los dos países estén azuzados por servicios especiales de Israel y de Estados Unidos no puede ser, naturalmente, excluida.

En estas circunstancias, la reaparición de una forma de guerra entre Israel y los árabes es bastante posible. Algunos círculos árabes (y también israelíes) la consideran "ineluctable". Si Israel ha conseguido levantar las reservas de Carter y recibir la seguridad de que va

a tener la ayuda militar y económica, y está dirigido por un viejo guerrero que no ha desarmado nunca y que ha combatido por blandos a todos los Gobiernos anteriores, si los países árabes se encuentran desmembrados y amenazados de revolución popular, el terreno está preparado para dos posibles agresiones: la de Israel, en una situación ahora favorable, que le permitiría vengarse de la solución poco favorable del conflicto armado anterior y ampliar sus "condiciones de seguridad", y la de los árabes, forzados por la situación interior y la falta de esperanzas de solución pacífica. Se ve mal ahora cómo Arabia Saudita va a seguir manteniendo la idea de que los Estados Unidos —sus aliados— están buscando una solución justa (desde su punto de vista) ni cómo Sadat va a rechazar las acusaciones de abandonismo. Los palestinos saben ya claramente a qué atenerse: no van a ser admitidos en ningún caso a negociar sobre su propio futuro, sobre su destino como nación y como pueblo. "No podemos negociar con gentes que quieren destruir nuestro Estado y nuestra patria", ha dicho taxativamente Begin. La idea de los palestinos de que se trata de su propia patria, de ellos, y que su estado fue destruido previamente, no parece estar considerada por nadie.

Los palestinos han reaccionado inmediatamente a la situación. Los esfuerzos de Yaser Arafat para que se aplaquen las hostilidades entre Libia y Egipto, y su mediación personal entre los dos dirigentes, son desesperados. No solamente es la consagración de una ruptura de la unidad panárabe —que ya sabemos que no existe—, sino la terrible eventualidad de una guerra entre

los dos países, que obligaría a desgarnecer las fronteras con Israel.

El próximo paso —oficial— de la cuestión es la visita de Cyrus Vance, secretario de Estado de los Estados Unidos, a los países árabes, para informarles de lo que se sigue llamando "plan de paz" de Israel: va a comenzar el 1 de agosto. Es de suponer que va a ser mal recibido. Pero probablemente haya algún elemento más que no se conoce: algo que Vance pueda ofrecer —sin duda, de acuerdo con Begin— a los árabes, que están deseando poder comenzar alguna forma de negociación que les salve la cara.

Por el momento, la situación es enteramente favorable a Israel. Begin ha conseguido invertir la situación creada tras las elecciones, en las que su partido ocupó la mayoría —tenue, escasa, apoyada en extremistas religiosos— y fue denunciado como "terrorista" (en realidad, Begin fue uno de los activistas que contribuyeron con su lucha personal y con sus bombas y atentados al establecimiento del Estado de Israel) y acogido con reservas entre los judíos "liberales" de los Estados Unidos. Ha vuelto a agruparlos a todos. Y esta unidad se produce cuando más resquebrajada está la de los árabes.

¿Preludio a una guerra? Es muy verosímil. En cualquier momento puede esperarse un conflicto fronterizo. Los servicios especiales pueden llegar, quizá, a aumentar el conflicto entre Libia y Egipto, y a que este conflicto haga estallar en dos o más partes armadas el mundo árabe. Podría incluso ser la señal que se espera desde hace tantos años de una auténtica revolución árabe, de un pueblo arrojado a la mendicidad por la colonización, por el feudalismo, por la inepticia de sus gobernantes, cuando en torno suyo hay una fuente de riquezas que parece inagotable. Podría ser también la señal de asalto de Occidente —de los Estados Unidos— a las grandes fuentes del petróleo. En muchas mentalidades europeas, que todavía culpan a los árabes de la gran crisis general de la energía, este tipo de intervención se consideraría plenamente justificada.

La alternativa es que los árabes —sus gobernantes— cedan una vez más a las presiones de los Estados Unidos, continúen alejados de la Unión Soviética —para no facilitar las revoluciones interiores pendientes— y se encuentren las formas de desmontar las pretensiones de los palestinos y las aspiraciones de sus pueblos a un cierto nivel de vida que se les niega desde hace siglos.



Anwar El Sadat y Moamed El Ghadafi, en tiempos mejores.